

Fernando Delgado



Todos al infierno

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Fernando Delgado, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: marzo de 2022
Depósito legal: B. 1.962-2022
ISBN: 978-84-08-25471-3
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotoprint
Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

Apareció La Contra, un nuevo partido, con la figura de su líder, Pedro Pablo Medem, joven alto, de pelo largo, barbudo, y en sus carteles esta petición:

«NO VOTES».

Salía a los balcones de modo inesperado, predicaba con un megáfono, se retocaba a ratos la melena y pasaba del discurso pausado al arrebatado, cambiaba a veces el desgarrado revolucionario por el sereno consejo, de la palabrota, si tocaba, a la palabra poética, cuando aparecía como un iluminado, o a un susurro de canción romántica, con la que se proponía asaltar los cielos pistola en mano o juntaba sus manos devotamente y reclinaba su cabeza ante el grupo de aplaudidores que se fueran congregando por las plazas.

Pedro Pablo Medem fue una aparición sorprendente en Mare Nostrum, aquella discoteca del barrio de La Asunción donde se subían los ánimos entre porros, cocaína, alcohol y por donde el deseo incitaba al sexo a buscarse un espacio.

Ni ellas ni ellos disimulaban sus ganas de llevarse a aquella criatura a un catre, pero nadie estaba seguro de que semejante cuerpazo de más de dos metros cupiera en cualquier cama.

Pedro Pablo proyectaba sobre ellos una mirada que cambiaba su serenidad de algunos momentos por la aspereza de su rostro en otros.

Su seráfica cara de buen chico o de mesías llegado para animarlos se volvía después en el rostro severo de un matón. Al avanzar la noche, el Pedro Pablo observador aprovechaba la animación que las drogas y el alcohol imponía a la muchachada para animarse él con ellos, para cagarse en los muertos de los que gobernaban Vallina y animarlos a salir juntos a la calle y despertarlos.

Mare Nostrum terminó siendo el templo en el que Pedro Pablo Medem, que no era de Vallina ni se sabía de dónde venía ni a qué se dedicaba, incitaba a los jóvenes a abandonar el espacio de la democracia prostituida e instalar en la calle su rabia para conseguir otros modos de gobierno.

No es que quisiera acabar con el sistema: pretendía, por el momento, vigilarlo desde fuera, perseguir sus desatinos. Al principio, entrada ya la madrugada, se dedicaba sólo a la burla y sacaba retratos de los gobernantes corruptos para que la muchachada escupiera sobre aquellas fotos.

Con el tiempo, aprovechó la fascinación por él de esa muchachada, hacía de confesor de las hembras en las primeras horas de la noche y se le iluminaba después con el alcohol el rostro para erigirse en predicador y exhortar a sus fieles a acabar con el sistema.

No hacía falta que nadie le preguntara por qué otro sistema habría que optar o qué les traería de bueno un nuevo sistema. Nadie se preguntaba por eso, sólo oían a Pedro Pablo Medem como mi madre oía a los antiguos predicadores de su iglesia, igual de iluminado que aquellos en su retórica.

Y Pedro Pablo que, insisto, no se sabía de dónde venía, ni quería explicarlo, porque le bastaba con contar que Vallina lo había reclamado en su conciencia, decía a aquellos chicos que sus padres, y ellos mismos con su voto, eran los responsables de la sociedad de la inmundicia.

«No vamos contra ellos —proclamaba—. Los sinvergüenzas se alimentan del voto de los tontos».

Nadie le preguntó nunca si quería decir que en Vallina eran más los tontos que votaban a quienes los estafaban que los listos cuyos votos no servían para nada.

Les hizo ver que los ignorantes metían en la urna el voto al estafador, que los ambiciosos apoyaban con el voto de su admiración a los traficantes que esquilaban a su pueblo, que los pobres creían que votar al rico los sacaría de la miseria, que los indolentes preferían que los siguieran gobernando los mangantes a cualquier otro barullo, que los que creían en Dios pensaban que Dios quedaba a mejor recaudo si votaban a los farsantes.

Eran más los votos de los idiotas y de los interesados, de los especuladores y de los que se dejaban estafar sin saberlo, que el voto de la decencia.

Ganarían seguro las elecciones.

Y había que dejarlos ganar, pero sin que contaran con ellos. Él, Pedro Pablo Medem, un iluminado, los instaba a no votar, a dejar que arrasaran aquella tierra, pero sin la complicidad de los honestos. A ocupar las calles, día a día, para que se supiera de verdad dónde estaba la Vallina decente, quieta, mientras los corruptos se solazaban en los salones del poder. Nadie le preguntaba si era el mesías salvador que trataba de asaltar el palacio presidencial, pero tampoco hacía falta. Él no quería poner un pie en ningún palacio y tampoco buscaba una poltrona en la Asamblea.

Pedro Pablo Medem sólo quería sembrar el desconcierto, culpar a los que optaran por la podredumbre, pero sin hacerse cómplice de ellos, comparsas de sus elecciones.

No era la Asamblea lo que había que tomar, era la calle, amotinarse a las puertas de los juzgados para urgir a hacer justicia a los jueces indolentes, a las puertas de los cuarteles de la policía para que entraran pistola en mano a revisar los altillos de las casas de los gobernantes donde se guardan en bolsas los billetes, a rezar por fuera de las iglesias donde los clérigos putrefactos pedían la oración por los gobernantes y se implicaban en sus pecados.

Alguien le preguntó una noche a Pedro Pablo Medem si venía de un seminario y se abrió la bragueta como respuesta.

Una muchacha le insinuó que alguna fuerza poderosa de alguna república revolucionaria lo había mandado allí a agitarlos, y que lo celebraba, y Pedro Pablo Medem dijo que venía de la misma república a la que íbamos, como si todos vinieran de algún sitio al que habría que volver.

Un muchacho quiso detectar en su oratoria un acento extraño y ajeno, y Pedro Pablo Medem, además de mirarlo con ira, empezó a hablar en inglés.

Él era todo un espectáculo, tanto por su verborrea como por su gestualidad, y cambiaba los tonos de su arenga según le conviniera. Decía que nadie tenía derecho a dudar de su inocencia y explicaba que venía a suplicar silencio para vigilar a los farsantes y esperar a verlos crucificados.

Pero lo mismo defendía el valor de ese silencio que incitaba a una permanente furia en la calle.

La noche en que la policía entró en Mare Nostrum e intentó llevarse con ellos a Pedro Pablo, los policías caye-

ron derrotados en principio, amenazados con sus propias armas, oyendo las sonoras carcajadas de Medem.

Juan de Dios Codina, director general de la Policía, envió la orden de que se abstuvieran de detenerlo.

Uno de aquellos jóvenes, Mauricio Rendueles, avisó de que Pedro Pablo Medem era un invento del Partido Blanco para ganar las elecciones, pero, habiéndole parecido una buena idea la abstención, instó a la muchachada a ello.

«¡La democracia está podrida! —gritaban los de La Contra—. Votar con la peste es no votar. No votes».

«Mejor así —anunció Patricia Corona, directora de *La Región*, en un editorial de su periódico—. Lo mejor es que gobierne quien tiene que hacerlo».

Desde que Herodes le entregó a la hija de Herodías la cabeza de Juan el Bautista, se hablaba de cortar cabezas como una forma sanguinaria de acabar con alguien. Los dictadores como Herodes hallaban buen gusto en ello.

Los totalitarios de todo tipo, incluso los pequeños totalitarios, se han ganado a lo largo de la historia el favor de sus mujeres entregándoles cabezas. O han alimentado el miedo para erigirse ellos en el pedestal de su autoridad sobre cabezas cortadas.

Así que hay maneras y maneras de cortar cabezas y, si hoy no se cortan materialmente para exhibirlas, se degüella simbólicamente a los inocentes para acabar con la incomodidad de la inocencia, a fin de que prospere la impostura.

La poderosa periodista Patricia Corona había andado tras mi operación inmobiliaria con las monjas haciendo valer sus artes en beneficio propio y ya me había advertido de las consecuencias que podía tener la operación de las monjitas.

Acabaría persiguiéndome, me amenazó.

Y cumplió su palabra: en la primera página de su periódico, *La Región*, apareció mi foto y, para satisfacción de Borja Plá, ya entonces nuevo presidente del Gobierno

de Vallina, la foto de Neus, mi oculta amante, que lo había sido antes de Eduardo Zamorano de la Torre, igualmente oculta.

Pero yo, que he sido cura, como habrán adivinado, les aconsejo leer a Juan de Salisbury. Para él, de todas las injusticias, ninguna más grave que la de aquellos que en el momento en que más engañan procuran aparecer, ante todo, como personas virtuosas. Esa apariencia de virtud les da patente de corso y, donde a duras penas podría esperarse perdón, consiguen gloria. Por eso no se equivocó Cervantes cuando dijo: «Siempre los ricos que dan en liberales hallan quien canonicen sus desafueros y califique por buenos sus malos gustos».

Tampoco erró otro español, Antonio Cánovas del Castillo, cuando advirtió: «No hay más alianzas que las que trazan los intereses, ni las habrá jamás».

El arzobispo se ocupó de defenderme, como le correspondía defender a la Iglesia diocesana en su negocio.

Pero como del descubrimiento de Neus en mi vida, y lo que es peor, que sabiendo mucha gente ya de mi relación con ella, tan seguidora de los pasos de Borja Plá por intereses, pudieran desprenderse ciertos descubrimientos de los negocios sucios, lo llevó a pactar conmigo mi «desaparición» de Vallina.

Ante problemas como aquellos, y dado que el acuerdo con el convento de las monjas había sido un negocio menor entre los muchos que emprendimos, nada mejor que un destino aceptado por todos: Roma.

—Tú no estabas libre de pecado, padre Serafín del Río —me acusó Neus, mi amante.

—Tampoco me preocupa ser un pecador y haberlo sido.

—Pues sigue contando lo tuyo también en este libro.

—Lo contaré, querida, que aquí no se libra nadie. Y tú tampoco.

Soy Serafín del Río, el confesor que narra. Y contar lo que pasó, que fue mucho, es lo que intento hacer ahora, aunque sólo llegue a contar una parte. Fue tanto lo ocurrido en Vallina que precisamente por eso mi arzobispo, a fin de prevenir mi tentación de revelar lo que supiera porque había sido confesor de casi toda aquella gente, y confesor de moda, me trasladó a Roma con urgencia.

Le pedían mi cabeza.

Y a Roma fui.

Aunque prefiriera luego vivir en Suiza, donde guardo ahora mi fortuna con tanto celo como gusto tengo de venir a desnudar aquí, a mi manera, honrando la memoria de mi propia felonía, lo que hicieron todos.

Nunca se imaginó el arzobispo que yo entrara en este empeño. Eso sí, pidió a Patricia Corona que silenciara mi marcha en su periódico y que sobre mí se hiciera el silencio.

Aquel silencio iba a tener un precio para Patricia, y mi ilustre prelado lo sabía. Cuando salía yo del Palacio Episcopal, entraba la policía judicial en él.

Ya en mi casa, le pregunté por teléfono al arzobispo Agustín Calvo Cienfuegos si habían ido allí a por mí. Temeroso —se le notaba en la voz—, me respondió que a por mí, desde luego, pero que también iban a por él.

Dijo eso y me rogó que desapareciera pronto.

Supe enseguida que el arzobispo también había desaparecido. Y por una de las muchas llamadas telefónicas que desde Vallina había recibido Neus, mi amante, llegué a saber en Suiza de su inesperada muerte.

Y por otra llamada que me hiciera uno de mis amigos periodistas de aquella tierra, nada más me diera Neus la

noticia, conocí un rumor: no acababa de entender que, si Calvo Cienfuegos había muerto de un infarto repentino en su propia habitación del Palacio Episcopal, tardaran ese tiempo en descubrir su cadáver.

En todo caso, aquella muerte era una buena noticia para Neus, a la que se le iba la vida en buscar la desgracia de todos los que la habían apartado de un mundo de componendas en el que quiso estar y no pudo.

Por eso había aceptado irse conmigo a Roma, y después a Suiza, para participar en el relato de esta historia de sucios enredos a la que le faltaba un cadáver como aquel.